

con la madre, así á la madre tampoco se la habia permitido ir á reunirse con el hijo; le fué preciso volver á Palermo; allí supo por su hermana, que venia desde Malta para darle esta buena noticia, que estaba derogada la prohibicion del gabinete de Saint-James: el duque de Orleans y la princesa Adelaida se embarcaron al punto para Mahon, pero la duquesa de Orleans, deseosa de ver á sus hijos lo mas pronto posible, se embarcó al mismo tiempo para Sicilia: los dos buques se cruzaron y al llegar al puerto de Mahon, el duque de Orleans y su hermana supieron que su madre habia partido hacia tres dias para Palermo.

Volvieron, pues, por el mismo camino, y despues de aquella travesía comenzada en 1797 y proseguida inútilmente para juntarse, la madre y los hijos se encontraron reunidos el 15 de Octubre de 1809, en el palacio de Sta.-Cruz, á un cuarto de legua de Palermo.

El duque de Orleans lo habia adivinado: la presencia de su madre allanó todos los obstáculos, y el 25 de Noviembre siguiente, Luis Felipe y María Amelia se unieron en la hermosa capillita bizantina del Palazzo-Reale.

Siempre he tenido una piadosa veneracion á la reina María Amelia, á pesar de que su raza haya sido mortal para la mia, aunque su padre Fernando y su madre Carolina, hayan envenenado á mi padre en los calabozos de Brendizi; pero no soy yo de aquellos que hacen recaer sobre los inocentes los crímenes de los culpables, y puedo decir que las virtudes de la hija han libertado de algunas sangrientas páginas al Claudio napolitano y á la Mesalina veneciana; tal vez, mi venganza filial, evocará algun dia á las dos sombras sangrientas y las obligará á comparecer desnudas y horribles ante la posteridad; si puede ser que algun dia, el asesino de Caracciolo y la querida de Acton tengan que darme cuenta de las caricias paternas que me robaron en una edad en que apenas se sabe lo que es un padre; pero para hacer esa terrible autosía moral de los dos cadáveres, esperará á que la

piadosa desterrada repose pálida y fria, al lado del esposo á quien juró fidelidad en esa capilla que acaba de despertar en mí tan lúgubre recuerdo.

Pero veamos lo que queria decir á propósito de esta capilla.

Estaba yo en Palermo en 1835, y la visité con aquel religioso respeto que tengo á los lugares santos; me pareció entonces que seria un motivo de alegria para aquella reina en el trono, tener un recuerdo de aquellos dias de destierro y que, entre esos recuerdos el mas agradable seria una copia de aquella capilla en que habia pronunciado los juramentos que tan castamente han sido cumplidos. Rogué, pues, á Judin, mi compañero de viaje, que hiciera un dibujo uniendo para ello su talento y su corazon.

Jadin se puso á la obra y permaneció ocho dias bajo aquellas bóvedas brillantes de mosaicos que pasaron á su carton hasta en sus menores detalles.

Nos llevamos el dibujo á Francia y nuestro primer cuidado al llegar á Paris, fué enviarlo á la reina, acompañado de una carta en que tratábamos de hacerla comprender la piadosa veneracion que encerraba en sí el regalo que nos tomábamos la libertad de dirigirla.

Ocho dias despues, no sé que criado de su casa vino á preguntar á Jadin cuánto se le debia; Jadin balbuceó, y no supo que responder: no comprendia que se le debiera nada.

En la mañana siguiente le enviaron cien escudos.

Habian pagado al pintor.

Ay! pobres príncipes de la tierra, ¿sabeis qué es lo que os precipita desde tan alto en las revoluciones? es, que vuestros corazones secos y cansados por la lisonja, jamas han sabido latir en armonía con los corazones leales y generosos que tienen lástima de vuestra grandeza y que tratan de consolaros; de manera, que en el dia de la caída, no habiéndoos apegado á nada, no podeis apoyaros en nada y rodais hasta el fondo del precipicio, con las manos desgarradas por las



asperezas y las espinas, que solo habeis hecho brotar á vuestro derredor.

Este casamiento tan deseado por el duque de Orleans pareció causar la doble realizacion de sus deseos: en los primeros dias de Mayo de 1810, una fragata española vino á suplicar al duque de Orleans de parte de la rejencia de Cádiz, *que se pusiera á la cabeza de los ejércitos victoriosos de España, y que prometiendo la libertad á la Francia oprimida, restaurara el trono de sus antepasados y restableciera el orden en Europa, proclamando el triunfo de la virtud, sobre la tiranía y la inmoralidad.*

Como esta peticion de la regencia correspondia á los mas ardientes deseos del duque de Orleans, la aceptó al momento, y respondió el 7 del mismo mes, por medio de un manifiesto, en el que recordaba los servicios que habia hecho su abuelo el regente al trono de España, y en el que prometia hacer cuanto estuviera de su parte para imitar aquel ejemplo dado un siglo antes.

En consecuencia, el 22 de Mayo se embarcó el príncipe á bordo de la fragata la *Venganza*. El nombre del navío prometia y concordaba con la situacion.

Pero estaba dispuesto en los decretos de la Providencia, que sin duda tenia algunos designios sobre él, que el duque de Orleans no llegara á servir contra la Francia.

A su llegada á Tarragona, el gobernador le manifestó que no podia entregarle el mando. Durante su viaje el príncipe habia recibido nuevas órdenes, que en caso de ser rigurosamente cumplidas, obligaban al duque de Orleans á volver á Sicilia, sin tocar las costas de España.

Desesperado el príncipe se dió de nuevo á la vela, pero no quiso dejar la Península sin tentar un último y supremo esfuerzo é hizo virar la proa hácia Cádiz, á cuyo punto llegó el 20 de Junio.

El mismo dia visitó á los miembros de la regencia, á aque-

llos mismos que le habian escrito y se puso á su disposicion.

Esta vez fué todavía la Inglaterra quien se opuso á los designios del príncipe francés; su embajador notificó que si se le daba al duque de Orleans algun mando en el ejército, las tropas inglesas evacuarian al instante el territorio español.

Luis Felipe quiso apelar á las cortes de esta desicion; el 30 de Noviembre se presentó á la puerta de la sala de las sesiones que tenian en la isla de Leon, pero la puerta permaneció cerrada para él.

No pudiendo luchar contra la oposicion general, el duque de Orleans se embarcó de nuevo para Sicilia y al llegar á Palermo se encontró con que su mujer acababa de dar á luz un príncipe á quien apadrinaron el rey de Sicilia y la duquesa viuda de Orleans, y que recibió sobre la fuente del bautismo los nombres de Fernando-Felipe-Luis-Cárlos-Henrique-José de Orleans, duque de Chartres.

Este es el mismo de quien treinta años despues, el 13 de Julio de 1842, recibió el último suspiro.

Muerte terrible, inesperada, que hizo rodar muchas lágrimas, pero tal vez providencial; muerte que suprimia el único obstáculo que existia entre la monarquía y la república.

Cuando el príncipe volvió á Palermo, encontró á la Sicilia dispuesta para una revolucion; el despotismo de la reina Carolina y la indolencia del rey Fernando, habian exasperado á los sicilianos; por todas partes estallaron revoluciones; intervino lord Bentinck con sus veinte y cinco mil hombres, Fernando abdicó en favor de su hijo y María Carolina, perseguida por el odio de sus antiguos súbditos, volvió al Austria, donde envenenada, segun todas las probabilidades, con un sorbete, murió cerca de Viena en el castillo de Melzendorff el 7 de Setiembre de 1814.

Durante este tiempo se cumplian el destino de Napoleon; la mano del Señor se retiraba poco á poco de aquel á



quien habia sostenido tan milagrosamente; el frio venia á ayudar á la coalicion vencida; la traicion acababa la obra del frio; el boletin de Leipzig habia llevado el espanto hasta Paris; la campaña de 1814 habia brillado como el último reflejo del genio del vencedor de Arcole, de las Pirámides y de Austerlitz. En fin, el 3 de Abril, un decreto del senado proclamó la destitucion, no solo de Napoleon, sino tambien de su dinastía.

El 3 de Mayo, á las seis de la tarde, desembarcaba Napoleon en la isla de Elba, cuya soberanía le garantizaba el tratado de Fontainebleau, con una renta de dos millones y un ejército de cuatrocientos hombres.

Algun tiempo antes el duque de Orleans habia escrito á Luis XVIII la carta siguiente:

“Señor:

“¿Es posible que se os prepare un mejor porvenir, que vuestra estrella brille, en fin, libre de las nubes que la cubrian, que la del *mónstruo* que oprime á la Francia palidezca á su turno? ¡Oh! lo que pasa ahora es admirable, ¡cuán feliz me hace el éxito de la coalicion! Ya es tiempo de acabar de una vez con la revolucion y con los revolucionarios. Mi mayor pesar es que el rey no me haya autorizado, como yo deseaba, para ir á pedir socorros á los soberanos. Querria, para espíar mis errores, contribuir con mi persona para abrir al rey el camino de Paris. A lo menos, mis votos son los de precipitar la caida de Bonaparte, á quien odio tanto como desprecio. ¡Dios quiera que su caida esté próxima! se la pido todos los dias al cielo en mis oraciones.”

Se halla un contraste curioso uniendo esta carta del duque de Orleans, escrita en 1814, á aquel decreto en que Luis Felipe, en 1840, trataba de revivir su popularidad, que comenzaba á decaer.

El 12 de Mayo de 1840, anunció esta gran resolucion á las cámaras francesas en estos términos:

“Señores: el rey ha mandado á S. A. R., monseñor el príncipe de Joinville que vaya con su fragata á la isla de Santa Elena para que allí recoja los restos mortales del emperador Napoleon.

“La fragata, cargada con los restos mortales de Napoleon, se presentará, á su vuelta, en la embocadura del Sena; otro buque los conducirá á Paris. Se depositarán en los Inválidos, y una ceremonia solemne, una gran pompa religiosa y militar inaugurará la tumba que debe encerrarlos para siempre.

“Importa, para la magestad de ese recuerdo, que el augusto sepulcro no permanezca espuesto en una plaza pública, en medio de una multitud ruidosa y distraída. Conviene por el contrario que se coloque en un lugar silencioso y sagrado, á donde puedan visitarlo con recojimiento todos los que respetan la gloria y el génio, la grandeza y el infortunio.

“Fué emperador y rey; fué el legítimo soberano de nuestro país. Bajo este título, deberia enterrarse en Saint-Denis; pero no conviene á Napoleon la sepultura ordinaria de los reyes. Es preciso que reine y mande todavía en el recinto donde van á reposar los soldados de la patria, y á donde irán á inspirarse en adelante aquellos que sean llamados para defenderla. Su espada será depositada sobre su tumba.

“El arte elevará bajo la cúpula, en medio del templo consagrado por la religion al Dios de los ejércitos, una tumba digna si es posible, del nombre que debe grabarse en ella. Este monumento deberá tener una belleza simple, grandes formas y ese aspecto de solidez indestructible que parece desafiar á la accion del tiempo. Napoleon necesita un monumento tan durable como su memoria. . . .

“De hoy mas, la Francia, solo la Francia, poseerá todo lo que queda de Napoleon; su tumba y su fama no pertenecerán á nadie mas que á su país.

La monarquía de 1830 es la única y legítima heredera



de todos los recuerdos de que la Francia debe enorgulle-  
 serse. Toca, pues, á esta monarquía, que ha sido la pri-  
 mera en unir todas las fuerzas y conciliar todos los votos  
 de la revolucion francesa, elevar y honrar sin temor algu-  
 no, á la estatua y á la tumba de un héroe popular; porque  
 hay una cosa, que no teme compararse con la gloria: esta  
 es, la libertad.”

---

### CAPÍTULO XXVI.

---

**L**UIS XVIII, llamado al trono de Francia, salió de Hart-  
 well el 18 de Abril, hizo su entrada en Lóndres el 20, atra-  
 versó el estrecho en un yacht real, desembarcó en Calais y  
 se fué directamente á Saint-Ouen, donde *concedió* la carta  
 constitucional.

El 23 de Abril, el duque de Orleans que habia quedado en  
 Palermo, en medio de las disensiones que acababan de agi-  
 tar á la Sicilia, ignoraba todavía la abdicacion del empera-  
 dor y el advenimiento al trono de Luis XVIII, cuando re-  
 pentinamente anunciaron en el puerto, la entrada de un bu-  
 que inglés, portador de noticias de Francia. Al momento  
 el duque de Orleans corrió al hotel de la Marina donde vi-  
 vía el embajador. Este tenia el *Monitor* en la mano, y  
 presentándosele al príncipe:

—Recibid mi parabien, monseñor, le dijo, Napoleon ha  
 caido y los Borbones han vuelto á ocupar el trono de sus  
 padres.

Dos horas despues, todos los cañones de Palermo trona-  
 ban en honor de este acontecimiento.

El capitán del buque inglés tenia orden de lord Williams  
 Bentinck, de ponerse á la disposicion del príncipe, por si  
 queria volver á Francia.

El príncipe aceptó sin vacilar y en la mañana siguiente,  
 es decir, el 24 de Abril, salió de Palermo acompañado de  
 un solo camarista; llegó á Paris en los primeros dias de Ma-  
 yo, se apeó de incógnito en un hotel de la calle de Grange-  
 Bateliere y al momento, sin tomarse ni el tiempo preciso  
 para mudar de vestido, tan poderosa así es la atraccion de  
 la casa natal, se encaminó hácia el Palacio Real por la ca-  
 lle de Richelieu, y penetró en el jardin; lo recorrió por todas  
 partes y atravesando el pátio de las Columnas, se presentó  
 en la puerta de la gran escalera.

Esta puerta estaba abierta.

El duque de Orleans se precipitó bajo el vestíbulo y á  
 pesar de la resistencia del suizo, que lo creyó loco, se lanzó  
 hácia la gran escalera; pero llegado allí, cayó de rodillas  
 y sollozando besó el primer escalon.

Hasta entonces comenzó á comprender el suizo, que  
 aquel extranjero era á la vez el antiguo y el nuevo propie-  
 tario del Palacio.

Luego, como era preciso hablar para saber en medio de  
 quienes iba á hallarse, antes de presentarse al rey, cuya  
 benevolencia era incierta y cuyo buen recibimiento era du-  
 doso, el duque de Orleans comenzó por visitar á sus anti-  
 guos amigos, Valence, Macdonald y Beurnonville.

Despues visitó á madama de Genlis.

Se habia informado y habia sabido que madama de Gen-  
 lis estaba alojada en el Arsenal por orden del gobierno del  
 emperador, el que la daba ademas una pension, por el gus-